

● Lorena Paz Valderrábano Bernal

Donde el tiempo, el espacio y la historia se construyen

Hija de Amapola, hija de Marcelina. Marcelina parió a Tula, Tula parió a Juana. Juana parió a Anastasia, quien parió a Camilda. Camilda de Rosalfo parió a Nicolasa, Nicolasa a Tolomena y Tolomena a Rocío. Rocío parió a Dolores quien parió a Silvia María. Silvia María a Dominga quien parió a Epifanía quien parió a Agustina y Agustina parió a María Rebeca quien parió a la puta de Cayetana, quien parió a Teresa llamada "de Cabora"...

BRIANDA DOMEQ, *La insólita historia de la Santa de Cabora*.

Teresa de Cabora, fiel a su genealogía, también parió, en el tiempo y en la historia, aunque, después. Para ambas murió. Teresa de Cabora parió su propia historia, historia escrita, historia hecha antes que ella misma.

La insólita historia de la Santa de Cabora, publicada por primera vez en 1990 por Planeta y reeditada por Ediciones Ariadne en 1998 es, como la célebre caja de Pandora, receptáculo de múltiples historias.

La diégesis es sencilla: una mujer obsesionada por los sueños que la atormentan, viaja de la ciudad de México a Navojoa. Todo su equipaje lo constituye un portafolios habitado por noticias e informes fragmentados que dan cuenta, a retazos, de una historia: la de Teresa, la santa de Cabora.

¿La santa? El Introito, aderezado por un epígrafe del memorioso Borges, da cuenta de la naturaleza de la novela:

El agnóstico es un individuo que no cree en la certidumbre del conocimiento, pero que puede jugar con las posibilidades, puede tejer hipótesis que sean encantadoras o terribles.

JORGE LUIS BORGES

Y el primer juego es el de la burocracia divina: ¿Teresa? ¿Y Santa? ¿Santa Teresa de Cabora? No, ni ella está en la lista, ni Cabora está en el mapa del cielo y el masculino *dictum* es preciso:

¡Nada! Dile que no está registrada. O se equivocó de nombre o se equivocó de año o se equivocó de cielo. Y no dejes que te lllore. Las mujeres siempre lloran cuando no consiguen lo que quieren; lloran o rezan o ruegan o se sacan un himen falso de alguna parte para comprobar que son vírgenes y, por lo tanto, mártires. Nada. Si se resiste, le pides su genealogía. Las mujeres jamás pueden trazar su genealogía más allá de dos generaciones. (p.6)

Negado el paraíso inventado por los hombres, Teresa es condenada a deambular por el tiempo, como Lilith, la cabalística mujer primigenia, para habitar los laberintos oscuros del bien y del mal, de lo sagrado y de lo profano, de la atemporalidad y la puntualidad del tiempo.

La primera de las tres partes de la novela ofrece, en compleja combinación de las redes de socialidad del texto, la superposición de planos que llevan al lector de la anécdota de un viaje a los testimonios encontrados de la historia: Teresa, la bastarda; Teresa niña, solitaria y guardiana de ácidos rencores hacia la miseria y hacia el estigma, hacia lo más espurio de la condición humana; Teresa, la adolescente que decide hacer su propio mundo y asentarse junto al padre, mítica figura de poder y de dominio, no sólo para legitimar su origen, sino para proyectarse como complemento de ambos, en un tiempo y en un espacio propios: Cabora, sitio también mítico, en medio del desierto, asiento y depósito de aquello que une la vida de Tomás Urrea con la tierra; Teresa hembra, quien busca, sin saber que así lo hace, la satisfacción de los instintos, pero que intuye que hay algo más escrito en su destino y cuyo saber le está vedado. Y ella hurga, en la casa, en el contacto con los otros, en la ayuda que presta a la Huila, mujer bruja, mujer médica, busca en las letras, en el sentido de las palabras que se esconde detrás de las letras, en los acordes de una guitarra en medio del desierto, en la tierra y en la noche.

"La caída" es un rito de umbral en el que, en medio de un ataque de catalepsia, Teresa diluye la frontera entre la vida y la muerte, experiencia que ha de repetirse en el transcurso de su vida haciendo de ella una visionaria y proveyéndola de una conciencia de brutalidad extrema, en la que, como bisagra, convergen las dos Teresas, la de antes (1905) y la de ahora (1987).

En aquel instante se sintieron arrebatadas por la muerte. Sus huesos se llenaron de oscuridad y se clavaron hacia adentro por una noche larga en dirección al centro. Pero lo negro no es sustancia ni sentido y perdieron los límites del cuerpo y del tiempo; el cosmos infinito del más allá se juntó con otro cosmos que desde siempre traían en su fuero interno y que se desdoblaba tirado por el hilo de un aliento imperceptible. Percibieron la ausencia del dolor en aquel desparramarse,



en aquel desprenderse lleno de nostalgia y tristeza. Ellas, o las cosas, se proyectaban en infinitas trayectorias luminosas: todo parecía urgirse hacia fuera desintegrando los bordes de la vida y abriendo la conciencia a una expansión sin límites, como agua que se desborda del río, como aire escapándose al vacío, como luz que se derrama. La conciencia era, a la vez, el infinito y el centro, libertad absoluta y constreñida: se creaba a sí misma siendo. [...]

Concibieron de repente su propia ausencia y se llenaron de nostalgia por la vida, nostalgia por el cuerpo, como cuna tibia, tirado en aquel inhóspito desierto, rodeado de grandes zopilotes que, como negras culpas, como oscuras dudas estaba a punto de engullir los últimos rastros de su existencia. Vieron a Cabora en medio de ningún lado, los sueños trancos, las posibilidades terminadas, sin futuro. Pensaron en el frágil quebranto de mil amaneceres en su ausencia y concibieron esa ausencia como un infinito anhelo de la vida, una enorme presencia del olvido. Y después, vieron la luz. Y después nada. (p.153)

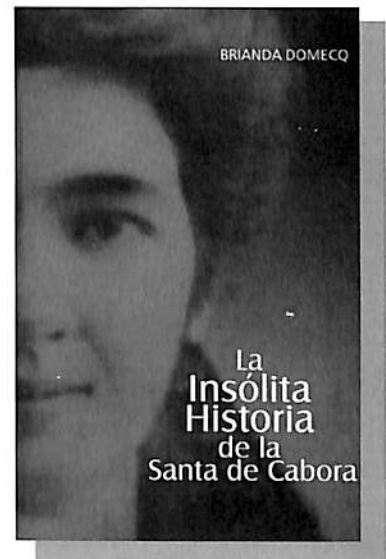
La segunda parte es la vuelta al mundo, al terreno humano. Teresa rediviva adquiere dones curativos que se anunciaban desde antes de su primera muerte; así, se dedica a sanar enfermos, tanto del cuerpo como del alma, del espíritu. Cabora se convierte, gradualmente, en el santuario donde los milagros se van haciendo cotidianos, pero a donde también llega, en la voz de Lauro Aguirre, el discurso político que repudia al porfiriatto. Santuario que, desde inmemorial memoria, convoca a Teresa, la de ahora, la rediviva después de su segunda muerte.

Después de todo, Cabora es una hacienda magnífica, en cuyos espacios convergen indios yaquis y mayos, perseguidos por presumibles y posibles levantamientos rebeldes, y don Tomás Urrea es un hacendado que, negado para alcanzar una vida interior plena, proyecta su fortaleza instalado en la bonanza material, producto de la tierra.

Con el discurso político llega también, para Teresa, la inquietud por el hombre. Cruz Chávez, en figura de guerrero indio, representa la encarnación del deseo carnal, deseo que, trastocado por la distancia y por la muerte, resulta inalcanzable para Teresa, quien construye así, un amor místico.

Transitan, por la vida de esta santa, desde menudas dificultades cotidianas hasta la expansión de una fama que, utilizada y manipulada por Aguirre y su fanático aborrecimiento a Porfirio Díaz, la convierten en presunta instigadora de los brotes de rebelión que van aumentando, poco a poco, en la región, cuando su discurso, como el del bíblico Jesús, fomentaba la idea del bien y la paz, casi casi la resistencia pasiva, no en vano la lúdica alusión en el Introito:

Será una santa apócrifa como las que se dan en montones cada vez que hay revueltas. ¿Te acuerdas cuando lo de Jesús? ¡Lo que nos costó sacarlos de entre tantos mesías espontáneos! (p.6)



La tercera parte da cuenta de los trece años (1892-1905) más terrenos de Teresa de Cabora, quien, arrojada de su pequeño mundo va de tramo en tramo por territorio norteamericano; es el tiempo de la supervivencia en el exilio, la vida social y cotidiana de la sociedad estadounidense, el amor atormentado, sus poderes convertidos en circo, la procreación de dos hijas y la tortuosa certeza de no saber nada:

Yo también quiero morir pero ni siquiera me puedo permitir ese lujo. ¿Sabes por qué? Porque no tengo una sola respuesta; porque no he logrado comprender nada. Mi vida ha sido una mentira.

Ya ni siquiera sé si existo o soy inventada. (p.359)

En la suma de pérdidas y ganancias de su vida, Teresa de Cabora no sabe qué pierde y qué gana; no entiende qué de lo que buscaba le fue dado y qué de lo vivido no fue anhelado. No comprende, de todas sus vidas que es su vida, cuál es la de ella o dónde quedó ella entre tantas vidas y, así, descubrimos, en la antepenúltima página, que todo empieza y concluye en el momento de su segunda muerte, en la que, además, se hace eterna, pues le es dado:

Aquel sueño en el que soñó el día de su segunda muerte cuando entre sueños soñaba que soñaba el sueño de toda su vida (p.380)

El epílogo simplemente constata, vía la nota de un diario y un anuncio de primera plana que, entre la conciencia y la locura, el tiempo y el espacio, no hay fronteras.

Brianda Domecq ofrece así, una estupenda novela que vale la pena ser leída y que transfiere al lector una serie de indicios en los que se pone de manifiesto el discurso social de la historia mediante complejas redes de socialidad, donde la historia de México, la vida cotidiana en el cambio de siglo, las creencias mágicas, religiosas y míticas, la siempre presente manipulación ideológica, los esquemas culturales en torno a la familia, la moral, la mujer de ese tiempo, las confrontaciones políticas y las formas de concebir el tiempo se combinan.

Domecq ofrece un discurso literario donde los valores estéticos radican en su dominio de la palabra y se funden, incuestionablemente, con una profunda visión de mundo. LC

